

Sir Gawain y el Caballero Verde

Traducción de Francisco Torres Oliver
Prólogo de Luis Alberto de Cuenca
Notas de Jacobo F.-J. Stuart



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Sir Gawain and the Green Knight*

Primera edición: 2005
Segunda edición: 2013
Cuarta reimpresión: 2024

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: *Jorg von Trugals, desmontado en un torneo* (detalle). Ilustración proveniente del *Turnier Buch* (siglo XVI) © Age Fotostock
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción, prólogo y notas: Ediciones Siruela, S. A., 1982
© de esta edición: Alianza Editorial, S.A., Madrid, 2005, 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-7552-7
Depósito legal: M. 7.900-2013

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Prólogo

Una manera de acercarse a la literatura del pasado es, lisa y llanamente, conocerla. Para ello sólo se necesita curiosidad y una biblioteca nutrida y poco atenta a los vaivenes de la moda.

Otra manera de cercar la fortaleza de lo pretérito y, al cabo, conquistarla es quizá menos exquisita que la anterior, pero igualmente enriquecedora: se trata de acudir a los mejores escritores contemporáneos y extraer conclusiones de sus lecturas.

La única conclusión posible que depara una historia o un poema es otra historia u otro poema. Si el autor elegido se llama, por ejemplo, Jorge Luis Borges, los poemas o historias suscitados serán, obligatoriamente, bellos, satisfactorios y divertidos. Resulta aleccionador descubrir la epopeya de Gilgamés entre las páginas de un ensayo borgiano, aunque el contacto posterior con la cosa-en-sí cons-

tituye –está claro– el hecho auténticamente importante.

He mencionado a Borges y la gesta de Gilgamés. En el caso de *Sir Gawain y el Caballero Verde* hay que hablar, ineludiblemente, de J.R.R. Tolkien. Para muchos lectores de habla inglesa reacios a perderse en la intrincada selva trazada por los eruditos, el poema de *Sir Gawain and the Green Knight* existe porque a Tolkien, un estudioso oxoniense de reconocida solvencia como medievalista, se le ocurrió, además de combatir diariamente con fascinantes manuscritos y tediosos colegas, inventarse una historia maravillosa, probablemente la invención fantástica más coherente, hermosa y perfecta del siglo XX. Me refiero a *The Lord of the Rings* (*El Señor de los Anillos*). Pues bien, fue el propio Tolkien, en colaboración con E. V. Gordon, quien publicó la edición canónica de *Sir Gawain* (Oxford, 1952), y ha sido su hijo Christopher quien ha editado póstumamente (Londres, 1975) la espléndida versión que del poema (junto con *Pearl* y *Sir Orfeo*) dejara impublisheda su padre al morir en 1973.

Estoy seguro de que estos datos ya predisponen a más de un lector en favor o en contra del texto medieval que anuncia este prólogo. Con escritores como Tolkien o Borges no es posible permanecer indiferentes. Y, guste o no a los especialistas, *Sir Gawain and the Green Knight* está siendo leído, fundamentalmente, en todo el mundo por su rela-

ción con el creador de los *hobbits*, no por sí mismo. Otra cosa es que sus méritos propios sean –que lo son– relevantes. Pero los éxitos populares resultan siempre incomprensibles cuando la calidad los justifica, y Tolkien –con Cervantes, Shakespeare, Homero– es uno de esos casos raros.

Hasta 1377 sólo reinan Eduardos en Inglaterra. Ricardo II completaría el siglo XIV. Un siglo que contempla la aparición de una nueva clase social con gran empuje y fuerza: la burguesía. Un período en que la Muerte Negra devasta Europa. El siglo de Juan Ruiz en España, de Froissart en Francia, de Petrarca y Boccaccio en Italia. El tiempo en que Juan de Ruysbroeck exalta con pasión el amor en Cristo y la *dulcedo Dei*. La época en que mueren *meister* Eckhart y Guillermo de Ockham. El mundo en que aparecen los flagelantes y menudean las revueltas sociales.

Comenzada ya la contienda que enfrentará a Francia e Inglaterra por espacio de un siglo, los artesanos de París, con Étienne Marcel a la cabeza, se sublevan contra sus amos. Los *Jacques*, campesinos de Normandía, Champaña y Picardía, recorren en partidas el norte del país, asaltando e incendiando castillos, destruyendo los campos. En Flandes, Felipe van Artevelde capitanea un grupo de desheredados contra la autoridad de su conde. Un motín popular agita Florencia, dirigido por el cardador de lana Michele di Lando. En Roma, un tribuno de origen

humilde, Cola di Rienzo, se hace con el poder e instaurationa una fugaz república, de inequívocas raíces clásicas. En Cataluña, los payeses se alzan contra los tristemente célebres *mals usos*. En Inglaterra, John Ball y Wat Tyler protagonizan sendas rebeliones contra el orden establecido (Ball, sacerdote y capitán de los insurrectos, decapitado el 30 de noviembre de 1381, había dicho antes de morir: «Mis queridos hermanos, las cosas no marcharán bien en Inglaterra hasta que todo sea común, hasta que no haya señor ni vasallo; hasta que no haya ningún amo, ni los señores ni vosotros») y John Wyclif inicia la Reforma casi doscientos años antes que Lutero.

Eduardo de Woodstock, llamado «el Príncipe Negro», acompaña a su padre Eduardo III de Inglaterra —el mismo que fundó la orden de la Jarretera y el bicameralismo inglés— en la jornada victoriosa de Crécy, donde el ejército francés de Felipe IV sería aniquilado. Más tarde, con sus famosas Compañías Blancas, devolvería el trono de Castilla a Pedro I el Cruel. Es el Príncipe Negro, y su *alter ego* y antagonista, Beltrán Du Guesclín, un espléndido símbolo del siglo que les tocó vivir. Lujo, color, brutalidad, banquetes fastuosos, torneos y batallas desmedidas, luchas sociales, guerras de familia, fiestas galantes y cabalgadas implacables por tierras enemigas: todo en un plano al mismo tiempo «enorme y delicado», como calificara Paul Verlaine al Medievo.

De los muchos manuscritos reunidos en el siglo XVII por Sir Robert Cotton, entre los que se encontraban el códice de *Beowulf* y los dos textos del *Brut* de Layamon, hay un modesto tomo en cuarto conocido como *Nero A.x.* Comprado en Yorkshire, se salvó de un incendio en 1731, antes de pasar a los fondos de la British Library, donde continúa actualmente. El tal manuscrito está formado por cuatro poemas aliterativos escritos en letra del último tercio del siglo XIV. Acompañando al texto hay doce ilustraciones de factura muy elemental que se refieren a episodios de algunos de los poemas. Ninguno de los textos lleva título, pero han sido llamados, siguiendo el orden en que están recogidos en el códice: *Pearl*, *Purity* (o *Cleanness*), *Patience* y *Sir Gawain and the Green Knight*.

De *Pearl* también tenemos una versión moderna de Tolkien; es un poema acerca de un sueño alegórico, con un trasfondo teológico evidente y de gran calidad estética. *Purity* y *Patience* son paráfrasis bíblicas.

Parece indudable que *Pearl*, *Purity* y *Patience* son obras de una sola mano. *Sir Gawain* es distinto. Hay quien duda en atribuirle el mismo origen, pero son muchas las semejanzas estilísticas entre las cuatro piezas.

En el siglo XIV, la aliteración resucita en las letras inglesas. Se llega incluso a utilizar en un poema como *Vision concerning Piers the Plowman*, cuyo

contenido de crítica social refleja de un modo tan claro la época en que fue compuesto. *Sir Gawain* consta de más de 2.500 versos agrupados en una curiosa forma irregular de estrofa formada por un número incierto de ellos (entre 16 y 20), en su mayor parte sin rimar y sin metro, pero regularmente aliterados. El esquema parece revelar que los que volvieron a poner de moda la aliteración se daban cuenta de que no podían supeditarse a ella con exclusividad, sino que precisaban también de metro y rima, aunque fuese en pequeña proporción y con no demasiada frecuencia. De ser un elemento «sustentante» en poesía, la aliteración se va convirtiendo en elemento «decorativo», hasta llegar al simple y precioso artificio que constituye, por ejemplo, un verso de Gray (*weave the warp, and weave the woof*, «urde la urdimbre y teje la trama»), en pleno siglo XVIII.

El dialecto empleado por el autor de *Sir Gawain* es el de las tierras del interior del noroeste de Inglaterra, un lenguaje remoto y difícil de entender por los habitantes de Londres, cuya norma lingüística prevalecería después, vía Chaucer.

Sir Gawain and the Green Knight es, sin duda, el mejor texto artúrico inglés. Aunque ejemplifica las virtudes caballerescas del valor y la lealtad, no es sólo un relato al servicio de una moral, sino un relato en sí, como las obras de Chrétien de Troyes: fresca y bellísima literatura.

Los dos temas básicos de la obra se encuentran por separado en fuentes francesas o célticas, pero los encontramos combinados por vez primera en el poema inglés (pudo haber una fuente francesa, hoy perdida, que combinara ya el juego degollatorio con la tentación de la dama). El asunto está admirablemente bien montado. Un elemento sobrenatural, procedente de las versiones artúricas francesas y también del sustrato céltico, tan sumamente activo en Inglaterra, y un elemento naturalista, derivado de la atenta observación de la realidad y de una imagen miniaturista de la vida, se funden en *Sir Gawain* íntimamente, convirtiendo el poema en un magnífico ejemplo de realismo fantástico *avant la lettre*.

Movimiento, color, viveza en los detalles: son las características esenciales del autor de *Gawain*, que demuestra un ingenio y una agudeza poco comunes, además de un finísimo sentido del humor.

Los diversos episodios parecen tapices o láminas de un libro de horas. Pero si nos ceñimos, por ejemplo, a la descripción de las estaciones, hallamos que no es, como en el mundo de los manuscritos miniados, un haz de *topoi* visuales, ni tampoco es un simple ejercicio literario. El autor vive el paso del tiempo desde dentro, desde el alma y desde los ojos, desde la experiencia y el corazón. No son, por tanto, sólo palabras, sino hechos reales y profundos, los «carámbanos de hielo sobre las rocas», las «hinchidas corrientes» y las «delgadas fibras de la niebla sobre las

colinas» (el invierno es, sin duda, la estación favorita del poeta, y no sólo porque la acción tenga lugar en esa época del año).

Lo mismo ocurre con las escenas de caza. El autor ha vivido lo que cuenta. No utiliza cuaderno de notas. Todo tiene el calor y la vida de la experiencia y la complicidad. Los paisajes, la atmósfera, los sonidos. Todo se inscribe en el relato con una enorme libertad que racionaliza el prodigio y da un rostro a la maravilla.

Y qué habilidad en los diálogos, sobre todo en los de Gawain y la señora del castillo, modelo de soltura y naturalidad dentro de una estética dominada aún por las teorías del amor cortés desarrolladas, dos siglos atrás, por Andrés el Capellán en sus *De amore libri tres*. Qué habilidad en el desarrollo simultáneo de las acciones (caza / conversación en el castillo), parangonable a la de Homero en la *Odisea*. El autor de *Gawain* es un auténtico gigante de la literatura universal.

¿Y Gawain, su protagonista? Aparece en la saga ar-túrica por vez primera en la *Historia regum Britan-niae*, de Geoffrey de Monmouth*, donde es llama-do *Wahwanius*, y en la historia de Guillermo de Malmesbury (c. 1120), donde hay una referencia al

* Publicado en El libro de bolsillo: *Historia de los reyes de Britania*, edición de Luis Alberto de Cuenca, Madrid, 2004. (N. del E.)

descubrimiento de su tumba en Walwyn's Castle, en Pembrokeshire. Se parece al Gwalchmai de la leyenda céltica y al Cuchulainn de la épica irlandesa. Como este último, posee características solares, tal como el incremento de sus fuerzas a medida que el sol va acercándose al mediodía, y su declive a partir de entonces. Geoffrey lo hace sobrino del rey Arturo. Héroe folklórico por excelencia, es figura central de historias célticas muy antiguas, y poco a poco se convierte en un personaje artificial y literario.

En *Sir Gawain and the Green Knight*, el sobrino de Arturo es ya un caballero cortés, paradigma de perfecciones. Es también el servidor de Nuestra Señora, cuyo emblema lleva en su escudo, en el pentáculo que simboliza los Cinco Gozos de María y las Cinco Llagas de Cristo.

Y el poema no es otra cosa, en mi opinión, que la ordalía de Gawain, su juicio divino. Se purificará en valor y lealtad a lo largo de su aventura. La dama del castillo lo hará rico en templanza. Y al final, de regreso en la corte de Arturo, habrá vencido todos los riesgos, incluso el riesgo de extraviarse en el futuro. Al fin y al cabo, su conflicto con el Caballero Verde no ha sido más que una disculpa para volver a casa renovado.

Luis Alberto de Cuenca
Madrid, 1982 y 2005

Sir Gawain y el Caballero Verde

Uno

Cuando terminó el asedio y asalto de Troya, y sus desmoronadas murallas quedaron reducidas a ascuas y cenizas, el traidor que tramó la estratagema fue juzgado por su traición, la más probada de la tierra. Después, el noble Eneas y su orgullosa estirpe sometieron extensos territorios, convirtiéndose en los dueños de casi todas las riquezas de las Islas Occidentales. El gran Rómulo se dirigió a Roma; allí fundó la ciudad con gran pompa y esplendor, y le dio su propio nombre, que aún hoy ostenta; Ticio marchó a Toscana, donde levantó pueblos; Longobardo erigió castillos en Lombardía; y más allá de las aguas francesas, Félix Bruto creó Britania sobre anchas y numerosas colinas, llena de hermosura y de gracia, en la que fueron constantes las guerras, las luchas, los prodigios, y la dicha y el dolor se sucedieron sin cesar¹.

2. Y una vez fundada Britania por tan valeroso señor, dio ésta hombres esforzados y amantes de la lucha que promovieron múltiples acciones turbulentas en su tiempo. En ella acontecieron muchos más prodigios, que yo sepa, que en ningún otro lugar, desde los tiempos antiguos. Y de todos los reyes que gobernaron Britania, Arturo² fue el más noble, según he oído decir. Por tanto, quiero rememorar aquí cierta maravilla que algunos presenciaron, y una de las más admirables aventuras que se cuentan entre los prodigios de Arturo. Si prestáis atención un momento a este *lat*³, os lo contaré tal como lo he oído yo en la ciudad, y ha sido escrito en forma de historia atrevida y valerosa, y durante tanto tiempo conservado con letra segura.

3. Pasaba este rey en Camelot los días de Navidad, en compañía de numerosos y buenos señores, vasallos muy nobles y miembros todos de la Tabla Redonda, entre espléndidas fiestas y despreocupada alegría. Allí celebraban torneos y justas los gallardos caballeros, y acudían después a la corte a participar en los bailes y canciones de Navidad. Pues la fiesta duraba quince días enteros sin que languidiese, y durante ese tiempo se gozaba de cuantos platos y placeres era capaz de idear el hombre; y era glorioso oír aquel júbilo y alegría, tantos clamores de voces durante el día, y tantos bailes por la noche. Las damas y los señores disfrutaban de una dicha